

# La diferenciación masculino-femenino: Un mito y una realidad

Ester Barberá Heredia

*Universidad de Valencia*

## I. INTRODUCCION

Una de las primeras preguntas, si no la principal, que solemos formular al tener noticias sobre el nacimiento de un ser humano es acerca de su sexo: ¿es niño o niña?, como si la pertenencia del neonato a uno u otro grupo sexual fuese decisiva para su posterior desarrollo, y, en efecto, la experiencia pone de manifiesto cómo niños y niñas desde los primeros años de su vida se van identificando y, con frecuencia, toman como modelo a imitar a los mayores de su mismo sexo, introduciéndose de este modo en un grupo que representa para ellos el código más primario de participación y cuya singularidad viene dada por la diferenciación con respecto al sexo contrario. «Masculino o femenino es la primera diferenciación que hacéis al enfrentaros con otro ser humano, y estáis acostumbrados a llevar a cabo tal diferenciación con seguridad indubitable» (Freud, 1932, página 3165).

¿Sobre qué bases se sustenta tal diferenciación? ¿Qué suponen las diferencias? ¿Son sólo biológicas? ¿Por qué el desarrollo de las civilizaciones y los pueblos se ha producido a costa del sometimiento del grupo identificado como «sexo débil o segundo sexo»? ¿Sirve esta clasificación como punto de referencia en la estructuración del sujeto humano? Estos son algunos de los interrogantes que se nos plantean al introducirnos en el tema de la discriminación entre los sexos.

En principio una cosa resulta evidente: hombres y mujeres vienen dotados constitucionalmente con distintos aparatos sexuales, es

decir, poseen órganos genitales específicos adscritos a funciones sexuales concretas. Podemos pensar, por tanto, que la diferencia tiene que ver con la biología. «Cada sexo está caracterizado por una singularidad que se funda en las funciones preformadas del futuro inseminador y la futura madre, cualquiera que sea el sistema de distribución del trabajo y el estilo cultural» (Erikson, 1970, pp. 79-80). «En ambos sexos se han formado órganos adscritos exclusivamente a la función sexual y que probablemente se han desarrollado partiendo de la misma disposición en dos estructuras distintas» (Freud, 1932, p. 3166).

Pero las diferencias no se agotan en la biología ni en la posesión de órganos y funciones sexuales diferenciadas, sino que en torno a ellos se va a organizar un complicado proceso que afectará al desarrollo de capacidades y destrezas así como a la asunción de papeles sociales específicos, y que va a alcanzar, en definitiva, a la cualidad única de su experiencia. «Definido invariablemente al nacer, el sexo biológico comienza de inmediato a dirigir nuestro desarrollo psíquico y social, nuestra identidad, nuestros papeles y valores. Además sigue ejerciendo un influjo dominante a lo largo de toda la existencia» (Mischel, 1979, p. 269).

La sociedad cambia los términos de «macho y hembra», reconvirtiéndolos en «masculino» y «femenino». A este proceso de transformación se le conoce como tipificación sexual (Lipsitz Bem, 1981). A veces se dice que un ser humano, sea macho o hembra, se conduce masculinamente en tal punto y femeninamente en tal otro, con lo cual se adquiere mayor libertad para definir tales conceptos, dotándolos de nuevos significados generalmente más metafóricos y menos personalizados, donde lo masculino y lo femenino se van categorizando alrededor de polaridades antitéticas entre sí que cada uno admite como propiedades específicas tales como la actividad, agresividad o angulosidad características de lo masculino, frente a la pasividad, dependencia o redondez de las formas propia de lo femenino. Sobre esta base se va a estructurar el sujeto humano.

«Probablemente ninguna otra categoría es más importante desde el punto de vista psicológico que la que clasifica a las personas en varones y mujeres y a las características en masculinas y femeninas» (Mischel, 1979, p. 269). Además, la tipificación sexual actúa como principio organizativo básico en todas y cada una de las culturas humanas. «Todas las sociedades distribuyen los papeles sociales teniendo en cuenta en primer lugar el sexo, luego la edad y después la estirpe» (Schelsky, 1962, p. 90).

Una simple ojeada a nuestro alrededor es suficiente para comprobar la existencia de «modelos prototípicos» de organización social creados a partir de la clasificación sexual. La existencia de revistas exclusivamente femeninas, la utilización reiterativa por parte de la propaganda de colores, olores o gustos exclusivos de varones o de mujeres, la clasificación de juegos y juguetes en base a criterios se-

xuales (unos son propios de niños y otros de niñas), las modas, costumbres y un sinnúmero de ejemplos que podríamos añadir con facilidad a los ya nombrados están evidenciando que la heterogeneidad existente en las diversas culturas y sociedades no representa ningún impedimento para que todas compartan entre sí la asignación de roles específicos sobre la base de la diferenciación sexual de sus miembros. La universalidad de este hecho, por otro lado, no es privativa de la población adulta sino que se extiende e implica con especial relevancia el proceso de desarrollo evolutivo y de aprendizaje social del mundo infantil.

La polarización masculino-femenino nos parece tan evidente que suele pasar desapercibida, no sintiendo necesidad de explicar lo que a primera vista resulta común, familiar o incluso natural. Sin embargo, va a marcar profundamente la ubicación del sujeto respecto a su entorno, repercutiendo, por un lado, en la configuración socio-cognitiva y personal del individuo (división del trabajo, atributos específicos de personalidad) y manteniendo, por otro, las relaciones de poder al obligar a los sujetos-hombre y a los objetos-mujer a ocupar el lugar que la providencia sexual les ha asignado. De ahí que la diferencia tenga que ver también con la psicología, con la estructuración social y con las formaciones del inconsciente. Las repercusiones de la tipificación sexual son de tal magnitud que merecen por nuestra parte mayor atención.

## **II. INTENTOS TEORICOS EXPLICATIVOS: LA PERSPECTIVA COGNITIVA**

La trascendencia y universalidad del tema queda reflejada por la importancia que las diversas teorías psicológico-evolutivas han concedido a la cuestión de cómo niñas y niños, adscritos invariablemente desde el nacimiento a grupos sexuales excluyentes, van organizando su desarrollo psíquico y social de acuerdo con las características femeninas y masculinas que se presuponen específicas de cada sexo.

No obstante, a la hora de delimitar cuáles son las causas determinantes de tal diferenciación las interpretaciones no se muestran unánimes. La teoría psicoanalítica enfatiza la importancia que ejerce en el niño-a la identificación con el padre del mismo sexo (Sears, Rau y Alpert, 1965), recurriendo a los conceptos de narcisismo, edipo y castración para dar cuenta de los diferentes caminos que varón y hembra siguen a lo largo del desarrollo psicológico (Mitchell, 1976).

La teoría del aprendizaje social destaca el papel que premios y castigos desempeñan en la adquisición de conductas adecuadas para cada sexo, así como el aprendizaje vicario hace hincapié en la observación y el modelamiento (Mischel, 1970). A su vez, la teoría cognitiva insiste en los caminos a través de los que los niños se socia-

lizan, tras haber quedado firmemente categorizados como varón o como hembra (Kohlberg, 1966, y Maccoby y Jacklin, 1974).

Dada la diversidad de criterios explicativos, intentaré desarrollar el tema de la diferenciación sexual desde una posición teórica determinada, muy actual, por otro lado, en el ámbito psicológico, como es la perspectiva cognitiva. Pero antes de relacionar ambos términos, apuntaremos unas breves referencias tanto al papel desempeñado por el cognitivismo en psicología como a lo que ha supuesto en la evolución de la conducta humana la problemática de las diferencias sexuales.

### 1. Significado del enfoque cognitivo

El enfoque o paradigma cognitivo ha dominado los últimos años de desarrollo de la denominada «psicología científica». «La psicología cognitiva es la parte de la psicología teórico-experimental que se preocupa por los procesos de conocimiento, las estrategias, planes o procedimientos efectivos con que se organizan dichos procesos, las formas (o códigos) con arreglo a los cuales se representa la información y (en el caso de los investigadores de la Escuela de Ginebra) las estructuras de operaciones que posibilitan las funciones intelectuales de los sujetos» (Rivière, 1980, p. 6). Podemos afirmar que los tres vértices fundamentales sobre los que se apoya la psicología cognitiva son: los procesos de conocimiento, las estructuras mentales y la representación y esquemas activos de la memoria.

Aun teniendo en cuenta cierto dogmatismo, cierta rigidez actual en la problemática de lo cognitivo (Seoane, 1982), no cabe la menor duda que, desde una perspectiva de evolución histórica, la psicología, que durante varias décadas y respondiendo a distintas oportunidades y convicciones se centró en el aprendizaje, en los organismos inferiores y en tareas simples, viene sufriendo desde hace unos veinte años un cambio general de perspectiva científica, recayendo el interés central en la exploración de procesos complejos y en la aceptación de la necesidad de hacer explícitos los mecanismos internos simbólicos (Newell y Simon, 1972).

Esta tendencia implica un renovado interés en los conceptos mentalistas, entre los que son centrales la imaginación, el significado, los procesos de mediación y factores de organización en el aprendizaje y la memoria (Paivio, 1971). Esta nueva aproximación, con frecuencia llamada «procesamiento de la información humana», es el resultado directo de un intento para ver la memoria como un sistema complejo con muchas etapas que actúan entre sí, en lugar de concebirla como algo que interviene entre la presentación de un estímulo al sujeto y su respuesta ocasional (Norman, 1970).

Sin embargo, es interesante constatar el escaso interés prestado por la psicología cognitiva al tratamiento de las diferencias individuales, así como la ausencia casi total de componentes emocionales,

axiológicos y de perspectivas sociales en el paradigma del procesamiento de la información. «Los cognitivistas hemos recurrido más a los formalismos del computador, a los formalismos de las estructuras o niveles, mientras que hacíamos caso omiso de las dimensiones sociales» (Seoane, 1982, p. 36).

Poco a poco el panorama va cambiando, al tiempo que se van multiplicando las publicaciones que incluyen una dimensión socio-cognitiva en el ámbito psicológico. R. Zajonc (1980), por ejemplo, al desarrollar los orígenes cognitivos de la psicología social, no entiende la perspectiva social como un apéndice a añadir al cognitivismo, sino más bien, al contrario, como que son los componentes sociales los que fundamentan y posibilitan el conocimiento, manifestándose, por lo tanto, el procesamiento de la información como «procesamiento del conocimiento social».

## **2. El tema de la diferenciación sexual**

La polémica sobre la existencia y origen de las diferencias sexuales ha sido ampliamente debatida por filósofos y científicos durante siglos enteros, centrándose gran parte del debate en torno a la importancia ejercida por la influencia biológica y la influencia experiencial.

En un extremo, nos encontramos con la postura que proclama el dominio que la influencia biológica ejerce sobre el desarrollo psicológico general, considerando que la estructura anatómica, biológicamente determinada, ejerce un inevitable e irreversible efecto sobre la formación de la personalidad, al margen de cualquier trato diferencial proveniente de los agentes socializadores. Podríamos categorizar tal posición diciendo que la anatomía, en este caso la asignación por nacimiento a uno u otro grupo sexual, es destino.

En el otro extremo, la biología asume un papel mínimo en el mantenimiento de los roles sexuales, siendo éstos resultado básicamente de las diferentes experiencias de socialización que chicas y chicos tienen.

Entre ambas posturas, una aproximación dialéctica al tema considera la fuerte interacción existente entre efectos biológicos y procesos socializadores, hasta el punto de resultar difícil, si no imposible, la delimitación de fuerzas biológicas y experienciales como componentes separados (Parsons, 1980).

Tomando como punto de referencia lo descrito previamente, distinguiremos dos tipos básicos de componentes en el proceso de asignación del sexo:

### *2.1. Determinantes biológicos*

Ya hemos comentado que el enfoque biologicista tiende a subrayar los posibles efectos ejercidos por las hormonas sexuales en la aparición y desarrollo de diferencias en la conducta humana.

Broverman (1968) sugiere que las diferencias sexuales en las capacidades cognitivas obedecen a las complejas diferencias sexuales en la estructura bioquímica del sujeto. «Las diferencias sexuales observadas en la ejecución de sencillas tareas reestructuradoras de índole perceptivo-motor e inhibitor guardan por lo menos una relación parcial con los efectos diferenciales que las hormonas esteroides sexuales producen en los procesos nerviosos de activación e inhibición» (Broverman, Klaiber, Kobayashi y Vogel, 1968, p. 42).

Sin embargo, el tema es lo suficientemente complejo como para requerir mayor atención. En efecto, aunque casi siempre existe una correspondencia entre órganos sexuales externos y sexualidad biológica interna, de tal modo que la identificación del neonato a uno u otro grupo sexual es firme y definitiva, en algunos casos no ocurre así. Los hermafroditas, por ejemplo, pueden tener genitales externos masculinos y órganos sexuales internos femeninos; en tal sentido, desde el punto de vista genético (pruebas de cromosomas) son mujeres. Hampson (1965), que estudió a sujetos hermafroditas criados y educados como pertenecientes al grupo sexual contrario al de su verdadero sexo biológico, descubrió que «la identificación y orientación sexual como hombres o como mujeres, como niño o como niña correspondía a la crianza y al sexo asignado, y no al sexo cromosómico» (Hampson, 1965, p. 113). También J. Money y A. Ehrhardt (1972) sostienen que las variables psíquicas son decisivas en el establecimiento de la identidad sexual.

## 2.2. *Determinantes experienciales*

Esta segunda perspectiva considera que la identidad sexual no viene determinada desde los orígenes por los caracteres sexuales anatómicos típicos, sino que debe ser adquirida a través de la cultura específica del grupo social en cuyo seno se nace, y el modo más seguro para conseguirlo es «la asignación de un sexo» mediante actitudes y modelos de comportamiento que no permitan equívocos. Cuanto más diferenciados son estos modelos más garantizado queda el resultado. De ahí que desde la primera infancia se tienda a eliminar todo aquello que pueda hacerlos similares exaltando las diferencias. Niñas y niños durante los años correspondientes a la socialización aprenden, junto a los conceptos de varón y mujer, los estereotipos de masculinidad y femineidad que predominan en cada subcultura.

## 3. **Perspectiva cognitiva de la diferenciación sexual**

Una vez descrito el significado del enfoque cognitivo y las posturas biologicista-experiencial sobre la diferenciación sexual, veamos cómo se ha planteado el tema desde la perspectiva del procesamiento de la información.

L. Kohlberg (1966), desde una posición cognitivo-evolutiva, ela-

bora el concepto de «identidad sexual» a través de los mismos procesos cognitivos y de observación utilizados para explicar la adquisición de la identidad de los objetos físicos, destacando los esfuerzos cognoscitivos por lograr uniformidad y considerando esa motivación como un elemento esencial en la adquisición de determinado papel sexual. «La identidad sexual del niño es conservada por una motivada adaptación a la realidad físico-social y por la necesidad de preservar una imagen de sí mismo permanente y positiva... Una vez que el niño se ha clasificado de manera estable como varón, estima positivamente los objetos y actos que corresponden a su identidad sexual» (Kohlberg, 1966, pp. 88-89). Es decir, después de haberse clasificado como varones o mujeres, los pequeños valoran positivamente todo lo que es congruente con su identidad sexual.

Pero un estudio en profundidad de la asignación psicológica del sexo nos obliga no sólo a plantear las diferencias habidas entre los sexos masculino y femenino, sino que, junto a esto, conviene también explicar las diferencias individuales observadas en la conducta entre distintos miembros de cada grupo sexual. Se hace necesario fundamentar tanto la adquisición de determinadas conductas como los procesos selectivos por los que de entre las múltiples respuestas admisibles para cada grupo sexual se eligen unas y no otras. Si los procesos cognitivos y atencionales intervienen sobre todo en la adquisición, el reforzamiento directo y vicario aparece como regulador decisivo de la selección.

La perspectiva cognitiva, sin cuestionar las posibles repercusiones que los determinantes biológicos puedan ejercer en la asignación de características psicológicas específicas para cada grupo sexual, hace especial hincapié en el papel desempeñado por la identificación psico-sexual que se le asigna al niño o a la niña desde el inicio de su vida. «Aun si resulta que las variables hormonales y genéticas influyen considerablemente en las diferencias sexuales de carácter psíquico, es evidente la enorme importancia del aprendizaje social en la adquisición de los papeles sexuales. Lo más probable es que en la identificación sexual de un sujeto haya una estrecha interacción de las variables biológicas y psicológicas» (Mischel, 1979, p. 277).

Además, los pequeños aprenden pronto que la diferenciación sexual que observan a su alrededor les incumbe también a ellos, de tal manera que la valoración social de su conducta va a tener incuestionablemente como punto de referencia «los estereotipos de los papeles socio-sexuales adscritos a cada sexo». Los agentes sociales tales como padres, maestros, radio, TV, etc., contribuyen a configurar dichos estereotipos al premiar las conductas adecuadas para cada sexo y castigar o ignorar las que no lo son. Desde muy temprana edad niños y niñas aprenden a comportarse de forma diferente.

Desde unos presupuestos cognitivos, analiza S. Lipsitz Bem (1975) los efectos negativos que los estereotipos tradicionales de «masculinidad» y «femineidad» han ejercido en cuanto polos opuestos y anta-

gónicos de una única dimensión, proponiendo como alternativa «el individuo andrógino» en cuanto persona que no posee una rígida identificación sexual, sino que acepta por igual atributos femeninos y masculinos, mostrando mayor flexibilidad en el desempeño de los papeles sexuales. «Esta flexibilidad los capacita para practicar una conducta eficaz en cada situación, sin atender a su estereotipo como masculina o femenina. Así pues, acaso algún día, como lo exige el Movimiento de Liberación Femenina, el individuo andrógino llegará a definir un criterio nuevo y más humano de salud psicológica» (Lipsitz, 1975, p. 643).

En un artículo posterior, S. Lipsitz Bem (1981) desarrolla la teoría del esquema basado en el género, cuya figura central no es, como en su trabajo anterior, el «individuo andrógino» o no tipificado sexualmente, sino por el contrario «el individuo prototípico sexual». Sintetizaremos su nueva posición en torno a los siguientes puntos:

A) Un esquema es un proceso altamente selectivo que posibilita estructurar y dar significado al amplio espectro de información entrante, actuando como guía organizativa y estructura anticipatoria en orden a favorecer la asimilación de elementos estimulares en términos de esquemas apropiados. La teoría del esquema, si puede dársele este nombre, entiende la percepción como un proceso constructivo, producto de la interacción entre la información que llega y los esquemas previamente adquiridos (Neisser, 1976).

B) La teoría del esquema basado en el género propone que el fenómeno de la tipificación sexual deriva, en parte, de una facilidad generalizada para procesar información sobre la base de asociaciones ligadas al sexo. Esto constituye lo que S. L. Bem ha convenido en llamar «esquema del género».

A lo largo del proceso de socialización, niños y niñas van adquiriendo información con determinados contenidos específicos, aprenden conductas particulares y atributos ligados al sexo, lo cual les posibilita la adquisición de un esquema de tipificación sexual, aprendiendo además a utilizar este esquema para evaluar y asimilar nueva información.

La información que le llega al sujeto y que éste deberá procesar sobre la base de «un esquema apoyado en el género» no afecta sólo a componentes extrínsecos tales como las conductas observadas en los demás, sino que, junto a ellos, otros más íntimos y constitutivos de la personalidad como, por ejemplo, el concepto de sí mismo también pasan por el tamiz de la esquematización sexual, configurándose en función del sexo al que se pertenece por nacimiento. Es decir, la misma selectividad esquemática que observan los niños en el mundo adulto se la van aplicando a sí mismos, eligiendo entre las múltiples dimensiones posibles de la personalidad humana sólo las que son definidas como propias de su sexo, organizando a partir de ellas contenidos específicos sobre el concepto de sí mismos. Desde esta pers-

pectiva, cada grupo sexual empieza a verse como una clase distinta, que se define por contraposición a la otra.

De modo paralelo, se introduce un factor motivacional interno, ya que los niños no sólo aprenden a conceptualizarse a sí mismos en función del género masculino o femenino al que pertenecen, sino también a evaluarse como personas en términos de tipificación sexual, adecuando sus preferencias, actitudes, conductas y atributos personales a la definición cultural de masculinidad o femineidad. Ser masculino o femenino queda definido por cada cultura particular (Barry, Bacon y Child, 1957). El esquema del género empieza a ser una guía estándar prescriptiva (Kohlberg, 1966), y esta conducta sexual prototípica refuerza la diferenciación basada en el género en relación al concepto de sí mismo, a través de la observación del individuo sobre su propia conducta (S. J. Bem, 1972).

C) La teoría del esquema basado en el género es una teoría del proceso y no del contenido, lo cual es esencial para su comprensión. Lo que la cultura proporciona es el proceso de partición del mundo en dos clases diferenciadas, sobre la base del esquema del género (masculinidad y femineidad), y no los contenidos de cada una de las clases. Los individuos prototípicos de cada sexo son tomados como información procesual, distinguiéndose de los sujetos no-prototípicos no en términos de cuánta masculinidad o femineidad poseen, sino a partir de la organización de sus conceptos y conductas sobre la base del género. Así, muchos individuos no prototípicos, sexualmente hablando, pueden describirse a sí mismos como dominantes o sumisos sin por ello hacer referencia a conceptos de masculinidad o femineidad. Cuando los sujetos prototípicos de un sexo se autodescriben, son precisamente las connotaciones del género masculino o femenino las que están prevaleciendo para ellos, tanto si se refieren a conductas como si van relacionados con atributos personales (Bem y Allen, 1974).

La prevalencia del proceso esquemático sexual deriva, en parte, de la insistencia social acerca de la importancia funcional que tiene la dicotomía del género y de que el sexo de un sujeto supone diferencias en cada dominio de la experiencia humana. La sociedad enseña al niño en desarrollo dos cosas básicas:

— Una extensa red de asociaciones relacionadas con el sexo que pueden servir como esquema cognitivo.

— Que la dicotomía entre macho y hembra tiene relevancia extensiva e intensiva para cada uno de los aspectos de la vida. Este conocimiento posterior es el encargado de transformar la red de asociaciones pasiva en un esquema activo que nos permita interpretar la realidad.

Por supuesto que no todos los individuos interiorizan los papeles prototípicos sexuales con la misma intensidad, y las diferencias indi-

viduales presumiblemente deriven de la extensión y profundidad que para cada uno haya ejercido la historia particular de socialización, así como de la importancia funcional concedida a la dicotomía del género.

El artículo concluye con la reflexión de que sólo cuando la sociedad deje de proyectar la dicotomía masculino-femenino en relación con casi todas las conductas y atributos de personalidad y de utilizarla como esquema imperialista de organización social, se podrán aceptar, e incluso llegarán a ser deseables, las distinciones a partir del género como una realidad evidente y no problemática, de la misma forma que ahora aceptamos que somos humanos. La prescripción feminista, en consecuencia, no es tanto que el individuo sea andrógino cuanto que la sociedad no sea cismática y simplista.

### III. CONCLUSION

La perspectiva cognitiva, a la hora de analizar las repercusiones psico-sociales de la diferenciación sexual, destaca el modo cómo se procesa la información a partir del concepto de «esquema basado en la dicotomía del género», esquema que se va configurando a lo largo de un proceso continuo y progresivo de aprendizaje social. Niñas y niños aprenden desde muy temprano que las opiniones y juicios de valor de sus mayores difieren enormemente según vayan referidas a conductas, actitudes o atributos observados en hombres o mujeres. Sobre esta base discriminatoria, el pequeño-a irá desarrollando estructuras cognitivas, sentimientos y características de personalidad específicas según el grupo sexual del que forma parte, evaluándose a sí mismo desde este esquema de tipificación sexual.

La perpetuación de los estereotipos sexuales por parte del proceso educativo que nuestra sociedad imparte resulta doblemente pernicioso tanto para el género masculino como para el femenino, ya que, por una parte, contribuye a impedir la realización de todas las capacidades humanas, atrofiando facetas básicas de la personalidad, y, por otra, establece una barrera que dificulta la comunicación y el entendimiento entre sus respectivas visiones del mundo, deteriorando, en último término, la relación varón-mujer.

La educación femenina tiende a homogeneizar a todas las mujeres haciéndolas sentir como algo natural y específico de su género el papel de amas de casa, esposas y guardianas de la institución familiar. Cuando les posibilita el acceso al mundo laboral, suele ser a través de trabajos con pocas posibilidades de progreso o realización personal, trabajos que, en cualquier caso, deberán hacer compatibles con las tareas del hogar. Matina Horner (1972) sugiere que la mujer desarrolla motivación para evitar el éxito, produciéndose en ella, a diferencia del varón, un conflicto o incompatibilidad entre búsqueda del éxito y sentimiento de femineidad. La sociedad, por tanto, analfabetiza a la mujer, dificultando el desarrollo de las esferas cognitivo-

intelectuales y convirtiéndola en mero objeto o sujeto cosificado que sirve para consumir, procrear y posibilitar satisfacción sexual.

La educación masculina, represora de los aspectos afectivo-emocionales, deshumaniza a los varones, haciéndoles perder espontaneidad y conduciendo a muchos de ellos, una vez adultos, a una escisión de la personalidad. Raras veces en las conversaciones masculinas aparecen temas relativos a sentimientos, dudas o problemas personales. A los hombres les es más fácil, porque así se les ha enseñado, hablar de política, negocios y otros asuntos importantes. Únicamente con las mujeres, a menudo en los momentos de intimidad sexual, son capaces de cierta desinhibición, mayor espontaneidad y menor control.

E. Gianini Beloti (p. 28) sintetiza la cuestión de modo muy bello cuando dice: «En algunas regiones cuando nace un niño se vierte un jarro de agua por la calle, simbolizando que el niño que ha nacido está destinado a recorrer las calles del mundo; cuando nace una niña el agua se vierte en el fogón, significando que su vida se desarrollará en el encierro de las paredes domésticas.»

El resultado, como decíamos antes, es negativo y empobrecedor para ambos sexos. Por ello, aunque con cierta pereza y mucha lentitud, se intenta modificar la dicotomía existente entre los roles sexuales, pues sólo cuando el círculo se rompa y los prejuicios sociales acerca de las funciones específicas de cada sexo desaparezcan, se podrán examinar con mayor objetividad las bases reales sobre las que se sustentan las diferencias psicológicas intersexuales.

## Referencias bibliográficas

- BARRY, H.; BACON, M. K.; CHILD, I. L. (1957): «A cross-cultural survey of some sex differences in socialization». *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 55, 327-332.
- BEM, D. J. (1972): «Self-perception theory». En L. BERKOWITZ: *Advances in experimental social psychology* (vol. 6). N. York, Academic Press.
- BEM, D. J. y ALLEN, A. (1974): «On predicting some of the people some of the time: the search for cross-situational consistencies in behavior». *Psychological Review*, 81, 506-520.
- BROVERMAN, D. M.; KLAIBER, E. L.; KOBAYASHI, Y., y VOGEL, W. (1968): «Roles of activation and inhibition in sex differences in cognitive abilities». *Psychological Review*, 75, 23-50.
- ERIKSON, E. (1970): *Infancia y sociedad*. Hormé, B. Aires.
- FREUD, S. (1932): «La femineidad». *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1974.
- GIANINI BELOTI, E.: *A favor de las niñas*. Monte Avila.
- HAMPSON, J. L. (1965): «Determinants of psychosexual orientation». En F. A. BEACH (ed.): *Sex and behavior*, N. York, Wiley.
- HORNER, M. S. (1972): «Toward and understanding of achievement related conflicts in women». *Journal of Social Issues*, 28, 157-176.
- KOHLBERG, L. (1966): «A cognitive-developmental analysis of children's sex-role concepts and attitudes». En E. E. MACCOBY (ed.): *The development of sex differences*, Stanford: Stanford University Press.
- LIPSITZ BEM, S. (1975): «Sex role adaptability: one consequence of psychological androgyny». *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 634-643.
- LIPSITZ BEM, S. (1981): «Gender schema theory: a cognitive account of sex typing». *Psychological Review*, vol. 88, 4, 354-364.

- MACCOBY, E. y JACKLIN, C. N. (1974): *The psychology of sex differences*, Stanford: Stanford University Press.
- MISCHEL, W. (1970): «Sex typing and socialization». En P. H. MUSSEN: *Carmichael's manual of child psychology* (vol. 2), N. York, Wiley.
- MISCHEL, W. (1979): *Introducción a la personalidad*, Interamericana, México.
- MITCHELL, J. (1976): *Psicoanálisis y feminismo: Freud, Reich, Laing y las mujeres*, Anagrama, Barcelona.
- MONEY, J. y EHRHARDT, A. (1972): *Man and woman: boy and girl*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- NEISSER, U. (1976): *Cognition and reality*, S. Francisco, Freeman.
- NEWELL, A. y SIMON, H. A. (1972): *Human problem solving*, Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall.
- NORMAN, D. A. (1970): *Models of human memory*, Londres, Academic Press.
- PAIVIO, A. (1971): *Imagery and verbal processes*, Holt Rinehart, Enwinston, Londres.
- PARSONS, J. E. (1980): *The psychobiology of sex differences and sex roles*, N. York, Hemisphere Publishing Corporation.
- RIVIERE, A. (1980): «Psicología cognitiva y educación». *Infancia y aprendizaje*, 12, 5-24.
- SCHESKY, H. (1962): *Sociología de la sexualidad*, B. Aires, Nueva Visión.
- SEARS, R. R.; RAU, L., y ALPERT, R. (1965): *Identification and child rearing*, Stanford: Stanford University Press.
- SEOANE, J. (1982): «Psicología cognitiva y psicología del conocimiento». *Boletín de Psicología*, Universidad de Valencia, 25-43.
- ZAJONC, R. (1980): «Cognition and social cognition: a historical perspective». En L. FESTINGER (Ed.): *Retrospections on social psychology*, Oxford: Oxford University Press.

## Resumen

El artículo se propone realizar un estudio teórico acerca de las repercusiones psíquicas y sociales de la diferenciación sexual, tomando como marco de referencia la interpretación dada por la perspectiva cognitiva a partir del concepto de «esquema basado en la dicotomía del género».

El enfoque cognitivo destaca la importancia que ejerce la identificación psico-sexual en la adquisición y desarrollo de las ideas de «masculinidad» y «femineidad». Este proceso de partición del mundo en dos clases sexuales diferenciadas ha resultado doblemente pernicioso tanto para varones como para mujeres, empobreciendo, por un lado, el desarrollo global de la personalidad e impidiendo, por otro, el entendimiento entre sus respectivas visiones del mundo.

## Summary

The aim of this article is to carry out a theoretical study about the psychological and social consequences of sexual differences from the point of view of cognitive psychology and according to the «gender schema» concept.

Cognitive theory brings out the importance of psycho-sexual identification in male and female development. This process of partition into two different sexual classes is pernicious for men and women, as long as it impoverishes personality development and hinders normal understanding between male and female worldviews.

*Resumé*

L'objectif de cet article est de réaliser une étude théorique sur les répercussions psychiques et sociales de la différenciation sexuelle. Son point de référence est l'interprétation donnée en psychologie cognitive du «schéma basé sur la dichotomie des genres».

La psychologie cognitive attire l'attention sur l'importance que l'identification psycho-sexuelle a sur l'acquisition et développement des idées de «masculinité» et «féminité». Ce processus de repartition du monde en deux classes sexuelles est pernicieux pour hommes et femmes, empêchant le développement de la personnalité et la compréhension de leurs respectives visions du monde.